

teja, un tribunal que pueda absolveros? Así cerrais la puerta á todas las gracias. Lo mismo que vosotros osais cambiar la iglesia de Dios en un templo de Dagon, el santuario donde debe ser honrado en un lugar profano donde le ofendeis, así vuestro Dios cambiará en un tribunal de justicia el trono mismo de la misericordia, y la casa de oracion y de gracia en una casa de justo rigor y de severa correccion. En fin, puesto que insultais á Dios hasta en su casa, no habrá en ella oracion, no habrá intercesion en nuestro favor, no habrá misericordia que os salve: «Profetas, ellos han cometido demasiados crímenes en mi casa; guardaos de rogar por ellos, porque nada os concederé en su favor» (1).

Pero las indignidades que Dios reprochó en otro tiempo á su pueblo, cometidas en su templo, habian llegado á su colmo en la época de Jesucristo. Los sacerdotes hacian allí un vergonzoso comercio de las cosas santas; y porque muchos no tenian dinero para comprar víctimas que ofrecer en sacrificio, habian establecido banqueros, *nummularios*, dice el Evangelio, en el templo mismo, los cuales, mediante una buena garantía, les adelantaban todo el dinero que necesitaban con exorbitantes usuras (2). Por eso Jesucristo les reprocha haber convertido el templo de Dios en casa de banca, en tienda de tráfico: *Vos fecistis illam domum negotiationis* (3).

¡Dios mio! ¿Sería verdad que pudieseis quejaros lo mismo contra muchos templos cristianos? ¡Ah, ojalá no fuese así! ¡Cuántos vendedores y compradores de bueyes, ovejas, palomas y tórtolas; cuántos viles usureros se encuentran en los templos cristianos, más indignos y más audaces que los que fueron arrojados del templo mosaico por el Señor! ¡Cuántos que vienen al templo para comprar la estimacion de otro, bajo la máscara de una fingida piedad! ¡Cuántos que vienen, por su modestia y su lujo, á traficar con su pudor! ¡Cuántas para encontrar amante, ó al ménos marido! Por eso se escogen los días y las horas en que está más concurrido el templo; por eso se viene como á un mercado público, donde cada cual expone su mercancía y usa de mil artificios para venderla mejor; por eso se ven tantas desnudeces escanda-

(1) *Jerem.*, xi.

(2) San Juan Crisóstomo.

(3) *Joan.*, ii.

losas, que acuden á ver los jóvenes disolutos con una complacencia criminal, pero sin apreciarlas en más que una de esas muestras de los almacenes que el público mira y que no se venden nunca. Á vosotros tambien, cristianos, se dirige el reproche que Jesucristo dirigia á los judíos de haber convertido la casa de la oracion en un sitio de comercio, en una oficina de negocios, pero de un negocio vergonzoso, impío y sacrílego, puesto que se aprovecha el lugar santo, los santos días, las santas solemnidades, el santo sacrificio para obtener ventajas criminales y profanas: *Domum negotiationis!*

¿Por qué el Señor acusaba á los judíos de haber convertido el templo en cueva de ladrones: *Speluncam latronum?* ¿Es porque aquellos vendedores asesinaban á sus parroquianos como se asesina á los viajeros en los caminos? Sí, y de una manera más cruel y más impía; porque los escándalos y los medios profanos enfriaban y extinguían en el corazón del pueblo la fe y la religion, y si se salvaban los cuerpos, se hacía una horrible carnicería en las almas. ¡Culpables judíos! ¡Pero ay! ¡Los cristianos cometen los mismos excesos! Y á nosotros tambien se dirige el reproche de haber convertido la casa de Dios en un antro de ladrones: *Vos autem fecistis eam speluncam latronum.*

Todos los días la Iglesia, por boca de sus ministros, llama al pueblo al templo para el rezo y la adoracion: *Venite adoremus!* ¿Pero quién se muestra dócil á esta invitacion? ¿De qué sirven esos edificios sagrados tan suntuosos, esos templos magníficos de que Roma está llena? De decorarla, de ornarla, de presentar un espectáculo á la curiosidad de los extranjeros, que vienen de lejos á admirar la belleza y la majestad de la estructura, la armonía de las proporciones, la magnificencia y la pompa de los ornamentos, la excelencia de las pinturas, la calidad exquisita y la abundancia de los mármoles, la riqueza de los vasas sagrados y ornamentos sacerdotales. Sí, se admira todo, se interesa por todo ménos por Dios que allí reside. Y si exceptuáis á esos extranjeros, ¿quién frecuenta esos templos santos? Las plazas públicas, las calles, los teatros, los lugares sospechosos, los paseos, los cafés no bastan á contener la multitud de ociosos; pero de los templos, á excepcion de algunas personas piadosas que oyen misa diariamente, nadie hace caso, nadie se cuida, se pasa por delante de ellas sin pensar hacer una afectuosa visita á Dios que está allí

oculto. Los grandes encierran en el secreto de sus habitaciones los débiles restos de una religion espirante, teniendo cuidado de no asistir más que los dias de fiesta á una misa que, segun la expresion de uno de ellos, está despachada en diez minutos por un sacerdote rebajado hasta la condicion de camarero ó de mayordomo. Se desdeñan de mezclarse á la multitud, como si la piedad envileciese la condicion, y como si fuesen ménos grandes por mostrarse más cristianos. Por eso el templo es habitualmente entre nosotros una caverna solitaria y desierta: *Speluncam*.

¿Pero por qué reprocho á los cristianos la soledad, el abandono en que dejan el templo? Esos dias de soledad son para el templo los de su reposo y su gloria. De todos modos, el Dios que allí reside es el Dios en quien no se piensa, y en los dias festivos es el Dios ultrajado. Esa caverna, desierta los demas dias, se llena, es verdad, los de fiesta; pero de ladrones y de asesinos que arrancan del corazon de los cristianos la religion y la fe, y que matan las almas: *Spelucam latronum*.

Vemos una multitud de señoras esclavas de la molicie, de la voluptuosidad, de la indiferencia, que despues de haber olvidado toda la semana á su Dios y su religion, se acuerdan el domingo de que son cristianas y de que es menester manifestarlo así; pero que idólatras de su belleza, dominadas por el deseo de agradar, vienen á la casa de la adoracion ornadas con todos los aparatos de la lascivia, vestidas con la misma ligereza, la misma irreverencia y lujo que si fuesen á un baile, á un espectáculo profano (1). Ocupadas constantemente de sí mismas y de la manía de que se ocupen de ellas, no piensan más que en hacer resaltar, por mil movimientos estudiados, el fasto odioso de su inmodestia y de su orgullo; no se ocupan más que de consultar el gusto público sobre la forma de los vestidos, ó ensayar el poder de sus atractivos funestos. Dichosas y contentas si consiguen hacer olvidar á Dios ó que se concrete en ellas toda la atencion, todas las adoraciones de un pueblo de jóvenes tan irreligiosos como imbeciles. De un lado se ve en la iglesia esta cátedra de verdad y santidad, desde la cual se predica contra el vicio, y de otro unas mujeres sin modestia que, como desde las cátedras de la volup-

(1) Saltatura ad ecclesiam pergis; lasciviæ oblectamenta quæris. (*Tertullianus*.)

tuosidad, segun la expresion de Tertuliano, predicán el vicio y el desórden: *Suggestum libidinis mulier ornata*. De una parte, la verdadera arca del testamento, la divina Eucaristía; de otra, el infame ídolo de Dagon, la inmodestia, la vanidad, el lujo, la lascivia triunfante: altar contra altar, divinidad contra divinidad. Tambien los filisteos osaron poner el arca del Señor cerca del ídolo de su falso Dios (1).

Vemos que se viene á la iglesia los dias de fiesta, no por Dios, sino por el mundo, á fin de probarle, pues sin eso lo ignoraria, que aún son cristianos, ó más bien para advertir al mundo con su aire escandaloso, que no lo son ya. Se viene traídos por las conveniencias y el uso, para evitar la censura del mundo mismo más licencioso y corrompido. Se viene para ver y ser vistos, para distraer algunos instantes la ociosidad y distraer la de los otros, para recibir y devolver miradas lascivas, sonrisas elocuentes, sacrílegas adoraciones; en una palabra, para pecar y hacer pecar, para comenzar alguna intriga ó algunas relaciones que, ocultas en el templo, se revelan en seguida con tanta deshonor y daño para la familia, y con tanto escándalo en el mundo. Se escoge este lugar, el dia, la hora, la ocasion más favorable para cortejar y ser cortejada, y el aire y traje más á propósito para seducir y ser seducida, se elige la confusion de la multitud para abandonarse á horribles libertades y atentados sacrílegos contra el pudor, y como decia indignado San Agustin, las iglesias son más audazmente profanadas que los teatros, pues que en éstos no se hace más que simular las cosas inmorales, mientras que en aquéllas se ejecutan realmente (2). Vemos aquí turbas de jóvenes hipócritas de libertinaje y de irreligion, hipocresía más detestable y vil que la de la virtud y la piedad. Sí, jóvenes hipócritas que, para agradar, se dan un aire de importancia en presencia de no sé qué mundo licencioso é impío, afectando en el exterior un libertinaje y una impiedad que no tienen realmente en el corazon; lo hacen sin duda por no envilecerse, por no descender al nivel de los ignorantes, y se guardan bien de hacer la señal de la cruz, de pronunciar un *Padre nuestro*, de

(1) Statuerunt arcam Domini juxta Dagon. (*1. Reg.*, v.)

(2) Deteriora sunt templa ubi hæc aguntur; quam theatra ubi hæc finguntur. (*S. Aug.*)

doblar la rodilla, de bajar una cabeza llena de orgullo y vacía de ciencia, de dar la menor señal de religion; tampoco se cuidan de un público respetable, y pasan el tiempo en la iglesia hablando, sonriendo, volviendo á todos lados la cabeza, señalando con el dedo los unos á los otros bellezas profanas, verdaderas antorchas preparadas por el demonio para encender en los corazones llamas adúlteras, impuras pasiones. Esos mismos jóvenes que cuando una bailarina impúdica se entrega á indecentes contorsiones, ó una cantatriz desvergonzada esfuerza la voz para hacer oír ridículas necedades, están absortos en un diabólico éxtasis de embriaguez impúdica; sí, esos mismos jóvenes, en seguida, cuando asisten á la celebracion del terrible misterio de la Eucaristía, tienen un aire de irreverencia y desprecio, mostrando así, como decia San Juan Crisóstomo, que tienen más respeto á la voz y las coquetearías de una insidiosa cortesana, que á la majestad suprema de Dios Altísimo (1). En verdad que, en mi sentido, eso es una solemne apostasia de la fe, una pública profesion de impiedad. Además, ¿quién sabe cuán contagiosos y funestos son esos escandalosos ejemplos de libertinaje y de irreligion? ¿Quién puede decir la terrible influencia que ejercen debilitando en el corazón de los simples y los ignorantes los principios y los sentimientos de fe, de piedad, de modestia y de pudor? Así, los niños imitando el ejemplo de los adultos, las mujeres el de los hombres, las personas del pueblo el de las clases superiores, aprenden en la iglesia á profanar la iglesia, á ser inmodestos é impíos, acostumbándose y animándose mutuamente á despreciar lo que la religion tiene de más augusto, á reirse de lo que tiene de más delicado la moral, y á igualarse por la audacia del escándalo, por las profanaciones, por el libertinaje, á aquellos á quienes no pueden igualarse en rango y fortuna.

Esos escándalos degradan la religion, quitan al culto ese carácter de majestad y de grandeza que es como el sello visible de la Divinidad. De manera que, como la religion y el culto son la propiedad del pueblo que los profesa, insultando al culto y al templo insultais igualmente á Dios y á los hombres, á la religion y á la sociedad.

(1) Neque Deo tantam reverentiam quantam meretricibus exhibemus. (S. Joan. Chrys.)

¿Qué son, pues, esos profanadores sacrilegos de los templos santos, sino verdaderos ladrones, verdaderos asesinos de las almas? Así, pues, lo mismo que á ciertas horas se evita pasar por ciertos sitios infestados de ladrones, así tambien, á causa de esos ladrones de las conciencias que acechan en las iglesias para sorprender á las almas simples é inocentes, es evidente que en ciertos dias y á ciertas horas es tan peligroso ir á la iglesia como á las reuniones profanas donde tienen su asiento los escándalos y las seducciones. Así la iglesia, ese gran camino del cielo, está entre nosotros infestada de asesinos y ladrones; y la casa de oracion, el asilo de la piedad y de la inocencia, se ha convertido en desierto, en cueva de bandidos: *Speluncam latronum*.

¡Pero hé aquí un gran ejemplo! Alarico, rey de los godos, devastó esta santa ciudad, y llevando por do quiera la desolacion y la carnicería, no se detuvo más que en presencia de los templos santos. Allí solamente, segun San Agustin, quedó subyugado por la majestad de los edificios sagrados y por el respeto que le inspiraban. Á su vista solamente la crueldad puso fin al exterminio, la avaricia al pillaje, la impudez á la violacion y al adulterio. Roma entónces no encontró más que en el templo refugio para el pudor, seguridad para las riquezas y la vida, y el bárbaro victorioso no puso freno á su furor sino ante las puertas de los templos. Entónces bastaba refugiarse en el templo para encontrar proteccion contra todo insulto, respeto de parte del más feroz guerrero, perdon en el enemigo (1).

¡Ay! ¡Cuán corrompidos están nuestros tiempos! El templo que tanto respeto inspiraba al bárbaro guerrero sin creencias, no inspira hoy á los verdaderos creyentes más que indiferencia y desprecio. El templo no es ya más que un lugar como cualquiera ó más bien un lugar que, más que los otros, anima á la profanacion, al sacrilegio, al crimen. Aquellos de quienes hablo son verdaderos asesinos; ¿y qué hubo jamas de sagrado para los asesinos? ¡Oh! ¡Cuán grande es la perversidad, la malicia y el horror de esas profanaciones.

¡Desgraciados! Dios, así despreciado por nosotros, cuando se canse su misericordia sabrá, como hizo en el templo de Jerusa-

(1) Huc usque sæviebat inimici rabies; ibi accipiebat limitem trucidatoris furor. (S. Aug.)

len, hablar como Señor, fallar como Juez, y castigar como Dios. De esto trataremos, pues, en la segunda parte.

SEGUNDO PUNTO. Es una doctrina de los Padres y de los teólogos, fundada en la Escritura, que toda iglesia, como todo hombre, todo pueblo y todo reino, tiene su guardian. ¿Qué hace ese ángel de las iglesias? Ezechiel nos lo enseña cuando nos pinta al ángel guardian que lleva un escritorio sujeto á la cintura (1). ¿Qué ha de escribir este ángel? Escribe, dice San Basilio, las irreverencias, las profanaciones, los sacrilegios cometidos por los asistentes (2). Lo mismo que Baltasar pudo leer su sentencia en el momento en que profanaba los vasos de Jerusalem, así ellos empiezan á sufrir un castigo que, por ser oculto, no es ménos terrible. Una mano invisible escribe sobre cada uno de ellos el funesto MANE, THECEL, PHARES.—MANE: «Vuestros crímenes han llegado á su colmo.» THECEL: «En la balanza de la Justicia divina sois indignos de recibir ya ninguna gracia.» PHARES: «Desde este instante quedais fuera de la sociedad de los fieles en la tierra, esperando que quedeis tambien fuera de la sociedad de los bienaventurados en el cielo.»

¡Oh miserable! ¡Tú que no escuchas, tú que no te acuerdas, tú que no confiesas que eres culpable de irreverencia en el templo! No sabes que hay un espíritu que lo oye todo, un ojo que todo lo ve, una mano que escribe todo lo que piensas, todo lo que dices, todo lo que haces en el templo; y esos gestos atrevidos, esas miradas libres, esas sonrisas maliciosas, y el motivo de esos saludos, y las vergonzosas complacencias de esos pensamientos, y el fondo impuro de esas afecciones. Cuando llegue el tiempo en que Dios no quiera ya sufrir todo eso; cuando se colme la medida de los excesos sin número inscritos por el ángel y que forman la materia de tu proceso y tu acusacion, se pronunciará tu condenacion y empezará tu castigo. Entonces de nuevo Jesucristo hará un azote, es decir, lanzará sobre todas las cabezas sacrílegas un castigo que encerrará en sí muchos de diversas especies. En efecto, si aquel dia mostró tanta cólera y tanta indignacion para vengar la majestad desconocida del templo de Jerusalem, donde no habia más que el altar y las tablas

(1) Habens atramentarium scriptoris circa renes ejus. (*Ezech.*, xl.)

(2) Nutus et verba scribentes. (*S. Basil.*)

de la ley, ¿cuánto más seriamente, dice San Juan Crisóstomo, castigará á los que hubiesen desconocido la majestad del templo cristiano, santificado por la santa Eucaristía y por la presencia real del mismo Legislador? ¿Con cuánta más razon no cumplirá la terrible amenaza pronunciada contra los profanadores del antiguo templo? Su furor divino se encenderá, para no apagarse, cuando vea la casa de oracion convertida, por nuestra impiedad, en casa de escándalo, en mansion donde perecen las almas (1).

Hé ahí por qué sin duda alguna los Padres convinieron en decir que Dios debe á su justicia y su majestad el castigo, público y severo, de la profanacion de los templos, porque es un pecado que tiene un carácter especial de audacia y de rebelion; un pecado con el cual el pecador, no contento con insultar á la ley de Dios, insulta á Dios mismo; un pecado que tiende á destruir directamente el culto público; un pecado público, solemne, que ataca al orden social. Las calamidades públicas, las guerras, las pestes, las sequías, las tempestades, los incendios, las inundaciones que asolan tantos países y arruinan tantas fortunas, la miseria universal en presencia de los progresos sorprendentes de la industria, el pauperismo que se presenta cada dia más amenazante al lado del bajo precio del oro y de todas las apariencias de una gran prosperidad, las muertes prematuras de tantos jóvenes, la extincion de tantas familias, los golpes imprevistos que hieren á tantos adultos, las enfermedades que cada año diezman la poblacion, todo eso no es más que la venganza que Dios ejerce contra los profanadores de sus templos (2).

Pero el castigo corporal y visible que Jesucristo infligió á los judíos profanadores del templo, no fué nada en comparacion del castigo espiritual é invisible con que los hirió cuando quiso que Jerusalem, su patria, fuese envuelta en las ruinas del templo que habian profanado, y que fuesen arrojados del templo espiritual de su Iglesia. Así tambien, en el tiempo presente, los castigos temporales y visibles que Dios envia al mundo, no son nada en comparacion de los espirituales é invisibles con que castiga la profanacion de sus templos

(1) Et succendetur indignatio mea in loco hoc et non extinguetur. (*iv, Reg.*, xxii.)

(2) Ultio Domini est, ultio templi sui. (*Jer.*, li.)

¡Oh! Si el velo que oculta á las miradas los misterios del mundo invisible y espiritual se rompiese, ¡cómo entónces, cual otro Baltasar, sentiriais vuestro corazon oprimido, temblar vuestras rodillas, y desaparecer la audacia de vuestros pálidos rostros! (1). Veriais que en el momento mismo en que profanabais el templo de Dios con vuestras irreverencias escandalosas, vuestra inteligencia se oscurecia, se endurecia vuestro corazon, vuestras pasiones se hacian más violentas, más indócil vuestra voluntad, las divinas misericordias más raras, vuestra conversion más difícil, vuestra reprobacion más cierta. Veriais á Dios alejarse de vosotros, espesar las tinieblas en vuestro interior á medida que desaparecian la luz y las inspiraciones de su gracia; veriais condensarse sobre vosotros esa noche terrible que sigue al abandono de Dios, y que se consumará, por vuestra impenitencia, para perpetuarse en el infierno por toda la eternidad. Está escrito que todo aquel que profane la tierra de la santidad, es decir, la casa de Dios en la tierra, será excluido de la morada en que Dios manifiesta su gloria, será excluido del cielo (2).

Sí, volved á la razon cuando es tiempo aún. Comprended bien que la indiferencia en el templo lo hace inútil para vosotros, y la profanacion hace un lugar funesto; y que si el respeto en el templo ha de ser vuestra salud, la impiedad y la ausencia de él será vuestra perdicion. Temed por vuestra fortuna, por vuestra reputacion, por vuestra familia, por vuestra persona, y sobre todo por vuestra alma. Renunciad más bien á venir á la iglesia, porque eso será ménos malo que venir únicamente para manchar la casa de Dios y atraer sobre vuestras cabezas los más terribles castigos.

Pero no: quiero más bien que vengais á este santo templo, aunque con disposiciones y sentimientos diferentes de los que habeis traído hasta ahora. No, Dios no quiere perderos, Él, que se inmola todos los dias en el altar por vosotros. Venid con el arrepentimiento de las irreverencias pasadas; venid con la humildad del espíritu, con la modestia de los ojos, con aire de recogimiento, con sentimientos de piedad y de religion. Empezad

(1) Tunc facies regis commutata est et genua ejus collidebantur ad invicem. (*Dan.*, v.)

(2) In terra sanctorum iniqua gessit, non videbit gloriam Dei. (*Is.*, xxvi.)

agradando á Dios con vuestro dolor en el mismo lugar donde lo habeis ofendido con vuestras alegrías culpables. Confesad con amarga contricion el detrimento que le habeis causado tantas veces; compensad con vuestro ejemplo el honor que le habeis arrebatado, el respeto que por vuestra falta ha dejado de obtener, y en este mismo templo donde vuestros escándalos no os habrán preparado más que castigos, encontraréis gracia, misericordia y perdon, y, reconciliados con Dios en el tiempo, podréis gozar eternamente de su sociedad. Así sea.